

NUEVA COLECCIÓN FORMACIÓN DEL PROFESORADO. EDUCACIÓN SECUNDARIA

PAIDEIA 91 (2011) pp. 331-341



FILOSOFÍA Complementos de formación disciplinar

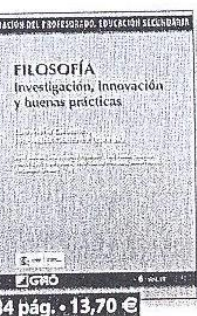
LUIS MARÍA CIFUENTES, JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ (COORDS.), JULIÁN ARROYO, LUIS ROCA

Presentación concisa y clara de los textos legales que enmarcan la práctica docente de las disciplinas filosóficas, y reflexión y análisis sobre el significado de la enseñanza de la Filosofía en el mundo actual. Libro que ayuda a comprender los cambios legislativos que se han ido produciendo en España, además de analizar adecuadamente de qué modo estas vicisitudes han afectado a las diferentes disciplinas filosóficas (principalmente Ética, Filosofía e Historia de la filosofía).

DIDÁCTICA DE LA FILOSOFÍA

LUIS MARÍA CIFUENTES, JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ (COORDS.), JULIÁN ARROYO, JUAN DE DIOS TERRA, CARMEN MERCIÁN, EMILIA OLIVÉ, JESÚS PICHEL, ALBERTO REVENGA, TERESA SOLÉ

ro que se plantea cuestiones de carácter genérico en torno a las relaciones entre Filosofía y Didáctica, la función docente del profesorado de Filosofía en la educación secundaria y la evaluación de las materias filosóficas. Posteriormente, a partir de un determinado posicionamiento didáctico, se ofrecen toda de una serie de metodologías, actividades, referencias bibliográficas, fuentes y recursos didácticos dirigidos a la enseñanza de dichas materias filosóficas.



FILOSOFÍA Investigación, innovación y buenas prácticas

LUIS MARÍA CIFUENTES, JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ (COORDS.), JORDI BELTRÁN, JOSÉ ANTONIO BINABURO, MERCÈ COLL, ELISA FAVARO, FÉLIX GARCÍA MORIYÓN, SIMÓN ROJO, ALEJANDRO SARBACH

Este volumen pone a disposición del profesorado de Filosofía una muestra variada de planteamientos innovadores y de nuevas prácticas docentes. El cine, las nuevas tecnologías de la información, el tema de la mediación escolar, el enfoque de la coeducación en Filosofía, el método de Filosofía para niños o el modo específico de presentar la filosofía a los jóvenes son diferentes medios para motivar al alumnado y presentarle diversos y nuevos modos de aproximación a los contenidos filosóficos. Son, en definitiva, nuevas mediaciones y formas de "traducir y adaptar" la filosofía a los adolescentes de nuestra época.

CRUZ ANTÓN JIMÉNEZ.

Final de la I Olimpiada Filosófica de Madrid

"Tú que consideras al hombre tanto dios como oveja-, desgarrar al dios en el hombre como a la oveja en el hombre y desgarrando reír- ¡ésa, ésa es tu felicidad!"

Friedrich Nietzsche

Hemos celebrado la I Olimpiada Filosófica de la Comunidad de Madrid, un proyecto que, con mucha ilusión, hemos llevado a cabo un grupo de profesoras de instituto junto con la SEPFI, el IUCE de la UAM y el Centro de Filosofía para Niños. Muchos de nosotros habíamos participado en diversas ediciones de la Olimpiada de Castilla y León y el trabajo con nuestros alumnos nos convenció del interés de la Olimpiada.

Quiero agradecer en nombre de la Comisión Organizadora de la Olimpiada de Madrid el apoyo que, en todo momento, hemos recibido de los compañeros de Castilla y León, especialmente a su presidente Miguel Santa Olalla y también a cuantos compañeros han respondido a la convocatoria de esta edición ya que, sin su esfuerzo y trabajo, no hubiera sido posible.

Pedir a los alumnos que elaboren una disertación es una de las tareas más complejas que se les puede pedir puesto que requiere que el alumno emplee conocimientos conceptuales y utilice el desarrollo de sus capacidades de relación, análisis, comprensión del tema propuesto y sobre todo, fomente la reflexión personal y la elaboración de juicios y tesis propias. En Francia, por ejemplo, dentro de su tradición argumentativa racionalista, el método de la disertación se aplica como prueba de madurez entre el alumnado de bachillerato. Los alumnos responden a cuestiones del tipo: ¿El lenguaje traiciona al pensamiento?, ¿el desarrollo técnico transforma a los hombres?, ¿es absurdo desear lo imposible? Este planteamiento está muy alejado de las Pruebas de Acceso a la Universidad a las que los estudiantes españoles se enfrentan cada año. La diferencia entre ambos modelos no se circunscribe únicamente a optar por las disertaciones o los comentarios de texto guiados, sino que va más allá y apunta a qué creemos que puede aportar la filosofía a las sociedades actuales, al sistema educativo y, sobre todo, a nuestros jóvenes. Mediante la disertación el alumno pone en juego su capacidad de investigación, su creatividad, sus

habilidades críticas y argumentativas, y su capacidad dialógica. Reivindicar el razonamiento y la argumentación frente a la mera opinión es en estos momentos revolucionario, en un mundo donde desde diversas instancias se atribuye el mismo valor a opiniones contrarias –disolviendo así de forma corrosiva cualquier posibilidad de discusión y diálogo–, donde la justificación de esas opiniones se sustenta casi exclusivamente en creencias, conjeturas o en argumentos de autoridad anónimos en los que “los expertos dicen”, sin apelar a ningún criterio racional de validez que vaya más allá de la afirmación del instante, donde se repiten fórmulas simplistas que “liberan” a los individuos de la penosa tarea de pensar a la que aludía Kant y, por tanto, de la penosa tarea de responsabilizarse y comprometerse. La presencia de la disertación en nuestra labor docente sería parte de una apuesta y de un compromiso por el cambio en las formas de pensar y actuar en nuestros alumnos, quizá contribuyendo al desarrollo de la razón dialógica propuesta por Habermas y que, en otro sentido, está en los orígenes de la filosofía.

Dice Tomás Miranda Alonso²: “vivimos en una época de misología, de odio a la razón y a los razonamientos” y que “en medio de esta ola de misología que nos invade, la pretensión de la argumentación debe ser fomentar la filología, el amor por los razonamientos, por las palabras que tejen argumentos”.

Personalmente llevo trabajando con disertaciones varios años y la experiencia ha sido muy satisfactoria. Los alumnos llegan por sí mismos a tesis presentes en los grandes pensadores, obviamente no con la profundidad y el rigor académico universitario, pero para ellos constituye una excelente motivación para aproximarse a “esos muertos que gozan de tan buena salud” y, sobre todo, a hacerse preguntas, a ensayar soluciones, a establecer puntos de anclaje para volver a reflexionar sobre lo mismo, pero desde perspectivas distintas según van atesorando sus propias experiencias. Comenzar a pensar por uno mismo, a ser autoocrítico, indagador y dialéctico, es un paso adelante que no tiene retroceso.

Fue difícil seleccionar los veinte finalistas. La calidad de los trabajos presentados era muy alta pero aún fue más complicada, si cabe, la selección de los tres ganadores de esta I Olimpiada que pese a los nervios de la prueba, en hora y media, mostraron un gran temple: Ariana Ortíz Pasalodos del Colegio Senara (primer premio), Miguel Ángel Van Rysselberghe Parra del IES Cervantes (segundo premio) y David González Tejada del IES Severo Ochoa (tercer premio). Nos ofrecieron tres disertaciones muy diferentes, tanto en su desarrollo formal y en el enfoque de la cuestión planteada, como no podía ser de otra manera, puesto que cada uno le imprimió su carácter personal. Sus disertaciones respondían a la pregunta planteada por la Comisión: “¿Puede conocerse alguien mejor que tú mismo?”.

Decía F. Nietzsche: “La máxima «conócete a ti mismo», puesta en boca de un dios y dirigida a hombres, es casi una maldad”³. No fue nuestra intención ser malvados, ni ser como dioses, pero sí poner a los chicos en una disyuntiva en la que tendrían que optar por una vía directa al autoconocimiento o indirecta, a través de los otros; porque conocer quiénes somos esencialmente es el vórtice sobre el que gira nuestra existencia. descono-

ciéndonos, ¿cómo vamos a reconocer lo que queremos o por qué hacemos las cosas? “Da vértigo ver reinar en lo alto de un rascacielos de Shanghái el «I AM WHAT I AM» de Reebook. Occidente lanza por todas partes, como su caballo de Troya favorito, esa pesada antinomia entre el YO y el mundo, el individuo y el grupo, entre las ataduras y la libertad”⁴; la consistencia o inconsistencia de ese yo, el hecho de que ese yo constituya una existencia singular o una identidad, pone en juego no solo a cada uno de nosotros, sino al propio grupo y nuestra propia libertad.

Ariana Ortíz Pasalodos, bajo el pseudónimo “Ana Karenina”, primer premio de esta Olimpiada, partiendo de planteamientos relativistas (“el hombre es un misterio para el hombre” porque estamos sumergidos completamente en aquello que intentamos comprender) llega a afirmar que sí puede existir alguien que nos conozca mejor que nosotros mismos: aquel que nos quiere de verdad y que desde el desinterés nos puede conocer sin prejuicios ni ideas preconcebidas, que es capaz de valorar lo que nos hace únicos, la esencia que escondemos. Y para ello es imprescindible el diálogo como medio de conocimiento y reconocimiento.

Miguel Ángel Van Rysselberghe Parra, bajo el pseudónimo de “Dorian”, segundo premio de esta edición, se reveló (¿o se rebeló?) como un nuevo maestro de la sospecha, su tesis era muy diferente a la de Ariana: nadie puede conocer mejor que tú a ti mismo, y si alguien quiere hacerte creer que te conoce mejor que tú a ti mismo, sospecha, porque lo que busca es controlarte y manipularte. Para el autor de la disertación, uno de los problemas esenciales de la identidad se encuentra en el lenguaje. El lenguaje no logra más que definir pobre y circunstancialmente lo que creemos ser, hecho que entra en contradicción con las situaciones que vivimos y que nos aboca a supuestas crisis de identidad, y puesto que la desorientación genera insatisfacción, siempre hay quienes se ofrecen a revelarnos nuestro auténtico yo pero, en realidad, son ellos mismos quienes nos inducen a esos estados y su objetivo es la manipulación y el control para obtener beneficios. Con afirmaciones tan atrevidas como “no hay voluntad más allá de la propia identidad”, o “nuestra convicción en nuestra ignorancia acerca de nuestra identidad es, en definitiva, nuestra crisis”, la disertación de Miguel Ángel es provocadora y nos descubre a un joven que tiene la capacidad de desvelar lo oscuramente oculto en las sociedades que vivimos.

David González Tejada, tercer premiado, nos ofrece un diálogo entre novios donde con gran sentido del humor, tanto como el del propio pseudónimo escogido (“Petit couchon”) y no sabemos si con cierto afán autoocrítico, va desgranando qué supone conocer a otro, mientras recorre con gran frescura planteamientos de Ortega, Heráclito, Kant, Aristóteles, Platón o Sartre. Parte de una curiosidad, quizá un poco malsana, que casi todos hemos tenido en algún momento: “saber si su pareja lo conocía tal y como él era de verdad, sin máscaras ni nada que enturbiase su auténtica personalidad”. En el transcurso del diálogo, no solo se revela un único yo, sino varios que son los que conforman la identidad del personaje que se hace la pregunta. La vía que David nos propone es la del diálogo pero también, y no menos importante, la de la experiencia y la observación.

Os invito ahora a leer directamente a los ganadores de la I Olimpiada Filosófica de la Comunidad de Madrid, sin olvidar mostraros el deseo por parte de todas las personas que hemos disfrutado trabajando en este proyecto, de que, en posteriores ediciones, vuestra colaboración y la de vuestros alumnos consolide esta aventura que hemos iniciado y cuyo objetivo es renovar nuestra forma de dar las clases y promover el pensamiento desde donde únicamente es posible y está vivo: desde nuestros alumnos y su propia experiencia.

Cruz Antón Jiménez

¿PUEDE ALGUIEN CONOCERTE MEJOR QUE TÚ MISMO?

PRIMER PREMIO. Trabajo realizado por Ariana Ortúzar Pasalodos, alumna del Colegio Senara.

Desde el momento en que alguien dijo: “Eso es relativo”, todo cambió para siempre. Más aún cuando en 1905 Albert Einstein pronunció su teoría de la Relatividad. La percepción individual de la realidad comenzó a cobrar importancia frente a esa “Verdad Absoluta”, igual para todos, que habían defendido tantos filósofos. Quizá por eso, si preguntamos a alguien qué piensa de nosotros, las respuestas serán múltiples, y puede que incluso contradictorias.

Hoy en día está muy de moda no tener tiempo para nada. Vivimos a toda prisa, a veces sin saber por qué vivimos, y es frecuente oír consejos como: “tómame un fin de semana de tranquilidad para encontrarte contigo mismo”. Es como si durante el año no tuviéramos ni idea de quiénes somos, y sólo durante esos días de vacaciones pudiéramos entendernos, conocernos, ser nosotros. Sin embargo, no es el ruido exterior ni el estrés lo único que nos ciega, pues nuestra limitación más grande es otra: está dentro de nosotros mismos.

Supongo que todos hemos intentado alguna vez miramos la punta de la nariz sin conseguir nada más que ponernos un poco bizcos. No podemos. Y es que, como ya habremos oído, “el hombre es un misterio para el hombre”, porque estamos sumergidos completamente en aquello que intentamos comprender. Por ello, el invento del espejo fue revolucionario, pues nos permitía vernos enteros sin las limitaciones de la localización de nuestros ojos. Es curioso cómo, desde nuestra perspectiva visual, podemos ver nuestros brazos, nuestros pies, nuestras manos... sin que nos sea posible contemplar nuestro rostro. Lo mismo sucede a la hora de conocernos más allá de nuestro físico: somos capaces de saber ciertas cosas de nosotros, pero, para otras, quizá necesitemos un espejo. Pero, ¿dónde encontrarlo?

Algunos filósofos han proclamado que nuestro ser depende de los demás, pues si nadie me conoce, no existo. Es difícil imaginar que nadie nos conociera, pues el hombre es un ser social por naturaleza, y lo raro es encontrarse solo. Necesitamos de los demás

para sobrevivir, para lograr retos, para mejorar..., y, por supuesto, también para conocernos. Ortega propendría el *perspectivismo* como su teoría del conocimiento, exponiendo que la realidad es la suma de perspectivas, y, puesto que nosotros estamos limitados por nuestra circunstancia, por nuestro punto de referencia, necesitamos perspectivas exteriores que enriquezcan nuestra visión.

Una de las principales causas de separaciones, divorcios, decepciones, etc., es la conocida frase: “No nos conocíamos de verdad”. Podemos pensarlo fríamente llegando a la conclusión de que es casi imposible que alguien conozca nuestros pensamientos, sentimientos, experiencias... Es necesario mucho tiempo para que dos personas se entiendan y, claro está, para que se conozcan; pero lo cierto es que no hace falta saberlo todo el uno del otro. Pensemos que un espejo tampoco es el instrumento más complicado del mundo, y, del mismo modo, tampoco se necesita una tesis doctoral para llegar a conocer verdaderamente a alguien.

El inconveniente (al menos “aparentemente”) que supone el que una persona no conozca nuestro pasado, nuestras vivencias, creencias o forma de pensar, es al mismo tiempo una gran ventaja. Lo queramos o no todos tenemos una idea preconcebida de lo que somos; tenemos muy presentes nuestros defectos, nuestros errores y nuestras limitaciones. Aunque creamos ser objetivos no podemos serlo, pues estamos influidos por los prejuicios que de algún modo tenemos. Cuando contemplamos un cuadro impresionista desde muy cerca, sólo vemos manchas, puntos, trazos de pincel sin sentido alguno, caos. Podemos, incluso, comenzar a sacar defectos al cuadro, encontrar manchas, zonas mal coloreadas, mala combinación de colores... Pero, ¿qué pasa cuando nos alejamos un poco del cuadro? Situados a la distancia apropiada percibiremos toda la belleza que escondían esas manchas, todo el sentido que adquiere lo que antes era caos. Nosotros mismos somos muchas veces un cuadro impresionista mirado desde demasiado cerca, y para conocernos no basta con unos días en la playa tomando el sol, esperando una iluminación que nos muestre cómo somos.

Volviendo al pensamiento de Ortega, recordemos que, para él, todas las perspectivas son verdaderas, verídicas y necesarias. Sin embargo, no creo que todas las opiniones de los demás sobre nosotros mismos sean reales. También la persona que intenta conocernos está limitada por la primera impresión que le damos, sus propias opiniones sobre ciertos temas. Es imposible encontrar a alguien totalmente imparcial, pero eso no es un obstáculo, porque nosotros tampoco lo somos. Entonces, ¿puede alguien conocernos mejor de lo que nosotros nos conocemos? La respuesta es sí, pero es nuestro error respecto a lo que significa “conocer” lo que nos lleva a desconfiar en esta posibilidad.

Vivimos en un mundo en el que prima el querer ser mejor que los demás, saber más cosas, tener más éxito. Sin embargo, creo que se aprende más viendo cuadros, esculturas y grabados que estudiando todas las características del Románico, del Gótico o del Rococó. De igual forma, debemos aprender a conocer a los demás sabiendo que no es necesario conocer todos los detalles de su vida, sino saber admirar lo valioso que hay en

ellos. A su vez, no podemos ser tan ingenuos de pensar que esto no requiere esfuerzo; pues, igual que un espejo cuando está sucio refleja mal la imagen y hemos de esforzarnos por limpiarlo, así tampoco vamos a conocer nada de nadie sin cierto empeño. Y este empeño requiere cooperación por parte de dos personas: la que conoce y la que desea ser conocida.

Bécquer nos decía que el amor es encontrar a alguien que saque de ti tu mejor tú. Que nos permita ser la mejor versión de nosotros mismos, que nos muestre el rostro que sólo vemos en el espejo. Alguien que sea capaz de esto es alguien que nos conoce a fondo; y esto implica no sólo saber cómo somos, sino también saber cómo podemos llegar a ser. Encontrar una persona así es encontrar nuestros espejos, nuestra forma de recibir una imagen de nosotros mismos lo más exacta que puede ser.

Me niego a creer en el amor a primera vista, o a pensar que dos personas estén predestinadas, pero pienso que, si hay alguien que nos puede conocer mejor que nosotros mismos, es sólo alguien que nos quiera de verdad; porque, si lo hace, es porque está situado en el lugar perfecto para admirar lo valioso que somos, para comprender sin prejuicios ni ideas preconcebidas lo que nos hace únicos, la esencia que escondemos. Se trata así de una simbiosis, ya que el que otra persona nos conozca nos ayuda a perfeccionar nuestra visión de nosotros mismos; nos permite, de verdad, encontrarnos con nosotros mismos, y será lo mejor que tenemos. Será la mejor versión de nuestro yo.

Ana Karenina

SEGUNDO PREMIO. Trabajo realizado por **Miguel Ángel Van Rysselberghe Parra**, alumno del IES Cervantes.

Nadie te conoce mejor que tú mismo. Tu actitud, la consecuencia práctica de la identidad personal, es algo que podría predecir aquél que supiera de ti, de tu historia; pero esto no quiere decir, ni por asomo, que te “conozca” mejor de lo que tú mismo te conoces.

La identidad de una persona, su ser radical y último, es algo innato, definido desde un principio, pero inefable. Siempre somos nosotros, y siempre sabemos cómo somos mejor que cualquier otra persona; lo que ocurre es que nuestra esencia, nuestra identidad, aun estando siempre presente en nosotros y en todo lo que hacemos, no es definible: está más allá del vocabulario. Y éste es el motivo por el cual a veces nos sentimos desorientados con respecto a ella: tratamos de definirnos con palabras (“cruel”, “bondadoso”, “avaro”...), y, cuando algo, alguna acción o nuestra actitud, no se adecua a este idea de nosotros que hemos definido, entramos en una crisis y no sabemos, o mejor dicho, creemos no saber quiénes somos.

Durante estos períodos de crisis, de conciencia de esa falsa ignorancia, a menudo aparecen figuras externas que, por unos motivos u otros, nos hacen ver y creer que nos conocen a nosotros mejor que nosotros mismos.

Pero, ¿cómo puede alguien hacerte creer semejante mentira? La respuesta es sencilla: cuando conoces a alguien, cuando conoces su historia, su conducta y sus hábitos, es

relativamente fácil predecir su comportamiento. Así, podrían hacernos ver que nos conocen. Y, si nuestra convicción en nuestra ignorancia acerca de nuestra identidad, –en definitiva *nuestra crisis*–, es lo suficientemente fuerte, podríamos llegar a creerlos. ¿Acaso no hemos llegado en algún momento a creer que nuestros padres, por ejemplo, nos conocen mejor que nosotros mismos? Sin embargo, y para bien o para mal, sólo nosotros nos conocemos, sólo nosotros intuimos la esencia real que nos conforma.

A menudo la idea que está detrás de la pregunta acerca de si alguien podría conocernos mejor que nosotros mismos es, nada menos, que la de controlarnos. Y es que, en efecto, si alguien te conoce mejor que tú mismo, ¿no tiene esa persona más derecho que tú a dirigir tus acciones? Porque, pensemos: cuando se formulan preguntas como ésta, ¿bajo qué circunstancias le conviene a alguien que pensemos que ese alguien nos conoce mejor que nosotros mismos? Está claro que este tipo de argumentos se usan cuando a alguien le interesa, por el motivo bueno o malo que sea, subyugar de alguna forma tu voluntad, hacerte ver que siguiendo sus órdenes e ideas podrías llegar a un beneficio personal al que no podrías llegar por tu propia cuenta tú, que se supone no te conoces tan bien como él –o ella– te conoce, que no sabes lo que realmente te conviene o deja de convenirte. Pero nadie debería pensar así, porque dejarse manipular es inmoral, es tratar de interpretar un papel para el que no fuimos elegidos; por lo demás, no deja de ser ciertamente fútil tratar de cambiar algo inefable como la identidad. Podemos aportar más o menos perspectivas a alguien, cambiar su forma de ver las cosas haciéndole saber algo que desconocía, pero no podemos modificar su identidad, ni siquiera uno mismo es capaz de desafiarla: no hay voluntad más allá de la propia identidad.

Así que la respuesta a la pregunta planteada es clara: no. Los demás pueden predecir nuestra conducta, pero eso no es más que la consecuencia práctica de la identidad, y viene definida por el grado de perspectiva, por lo que sabemos acerca de las cosas. Pero tu esencia, tu identidad, el espíritu, la cifra que posees y que te posee, es algo que sólo tú puedes intuir. Siempre eres tú mismo, porque, para bien o para mal, nunca nadie te conocerá mejor de lo que tú te conoces.

Dorian

TERCER PREMIO. Trabajo realizado por **David González Tejada**, alumno del IES “Severo Ochoa” de Alcobendas.

Una pareja de novios acaba de terminar 1º de Bachillerato. Es junio y el sol comienza a quitarles la ropa poco a poco. Los dos jóvenes yacen en un parque rodeados de naturaleza: césped, hormigas, flores... Lucía y Adrián han aprendido durante el pasado curso lo que jamás habían imaginado: que si límites tendiendo a ceros en terrazas infinitas, que si glándulas digestivas, que si la puta alcahueta de la Celestina se movía únicamente por el interés... Muchísimos conocimientos que estaban orgullosos de albergar. Sin embargo, existía aún un conocimiento que a Adrián le carcomía: quería saber si su